

XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca, 2019.

# **LA CONFIGURACIÓN DE SUBJETIVIDAD EN ESPACIOS MUSEÍSTICOS NO TRADICIONALES. EL CASO DEL PALACIO LEGISLATIVO NACIONAL.**

Ana Lucía Brass.

Cita:

Ana Lucía Brass (2019). *LA CONFIGURACIÓN DE SUBJETIVIDAD EN ESPACIOS MUSEÍSTICOS NO TRADICIONALES. EL CASO DEL PALACIO LEGISLATIVO NACIONAL*. XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-040/311>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## **Un santo en el microscopio de un aguafiestas.**

### **El Martí de Ezequiel Martínez Estrada**

**(Laura Scoppetta – Pablo Torres)**

#### I

*“El descarrío y el arbitrio son riesgos inherentes al pensamiento y lo más propio cuando se lidia con países semejantes a ballenas blancas”.*

Christian Ferrer (Ferrer: 2013)

Ezequiel Martínez Estrada es, por lo menos, un pensador raro; un intelectual que parece no haber tenido reposo en los sinuosos caminos de sus búsquedas. Su biografía intelectual es el recorrido famélico de quien no termina de encontrar un lugar, de hallar un territorio. No hubo capilla política o intelectual que lo pudiera abrigar del todo para, desde allí, salir a enfrentarse a las inclemencias políticas, sociales y culturales de su tiempo. Como apuntala Christian Ferrer, *“no encontró oasis alguno, o bien los tomó por espejismos”* (Ferrer, 2013: 94). Pensador atípico si los hay, orgulloso y declarado aguafiestas en cada celebración del curso nacional. No tuvo prurito o resquemor alguno de ser calificado de agorero, de heraldo de lo infausto. Fue un intelectual que tuvo que ir labrando un camino propio, escarbando y raspando la piedra para edificar una posición enclenque en el campo intelectual de la Argentina. Esa posición se fue construyendo sobre un recodo de obsesiones propias, se fue fundando a base de una celosa y férrea autonomía intelectual y política, que no excluyó sin embargo la posibilidad de ir tejiendo vínculos con otros intelectuales, creando espacios comunes en base a afinidades y búsquedas que lo deslumbraban. Esas filiaciones descansaban no tanto en coincidencias políticas o teóricas, sino en una forma de intervenir en el espacio cultural e intelectual. ¿Cuáles eran esos ademanes que privilegiaba como formas de intervención? Una mirada amplia y holística de la tarea intelectual -que rechazaba la compartimentación de saberes y rehuía de los privilegios y riesgos de la especialización- que fue configurando un maridaje, un mestizaje sensual entre lenguajes y

disciplinas que incluía a la poesía y la historia, a la etnología y la filosofía, a la psicología y a una especie de cabalística criolla. Estos gestos, de alguna manera, estaban contenidos o se coagulaban en el ensayo como forma de intervención político-intelectual, como una apuesta de estilo, como la reivindicación de un género híbrido y sospechado, como un género que permite mezclas y alambiques, y abre un ancho y fecundo espacio de libertad. El ensayo como la tierra labrantía que permite y estimula una convivencia benéfica y prolífica entre el pensador y el artista; en ese espacio, estas dos caras cohabitan sin recelarse, sin medirse, sin desconfiarse<sup>1</sup>. La reivindicación del ensayo también hallaba sus razones en una tradición crítica, que no solo atravesaba el siglo XIX de la Argentina sino también el de toda América Latina. Una tradición que supieron practicar los grandes tótems intelectuales de la América decimonónica y, particularmente, algunas de las grandes figuras que tensionaron la noción del quehacer intelectual en Martínez Estrada, como lo fueron Sarmiento y Martí. Martínez Estrada tuvo que inventar un campo propio, porque los espacios universitarios no supieron contenerlo o dirigirle un gesto cómplice, ni el periodismo a secas fue coto de caza que lo deslumbrara. Pero no habría que exagerar, no habría que presentar a un Martínez Estrada desanclado de cualquier participación del campo intelectual de su tiempo. Su independencia política y la singularidad de sus temas no fueron sinónimos de una actitud de eremita, de santo que trata de alcanzar a dios en la infinidad ruda del desierto. Como dijimos antes, a partir de gustos y afinidades, fue tejiendo vínculos con personalidades y grupos intelectuales que fueron posibilitadores en su recorrido, antes que una malla que lo encorsetara. Ese espacio en el campo de las letras fue tomando forma, se fue delimitando a partir de colaboraciones en un sinfín de revistas que sobrepasaron las fronteras nacionales. De muy joven, fue estampando su firma en poemas y artículos en algunas revistas que supieron agitar las aguas de la cultura rioplatense, como “*Nosotros*”, “*Caras y caretas*” y “*Fray Mocho*” y, a partir de la década de 1920, sobre todo, en la primera etapa de la revista “*Babel*” y en “*La vida literaria*”, ambas dirigidas por su amigo, editor y posterior albacea, Samuel Glusberg. En la década de 1930, década de convulsiones políticas y sociales si las hay a nivel mundial, con la consolidación del nazismo y el inicio de la guerra civil española, que moviliza a la intelectualidad del mundo, Ezequiel Martínez Estrada dejará su

---

<sup>1</sup> Para pensar la tradición del ensayo como un género sospechoso, véase el trabajo de Ricardo Forster (Forster, 2011).

estela en *“Trapalanda. Un colectivo porteño”* y la revista *“Sur”*, una de las grandes usinas de temas, nombres y debates de la cultura argentina, cuyo comité editorial comenzará a integrar a partir de la década de 1940. Además, su estilo singular relumbrará en la etapa chilena de la revista *“Babel”*, como así también en *“Cuadernos americanos”*.

En la agitada década de 1920, la poesía de Martínez Estrada y sus trabajos, fueron bendecidos por la gracia de la crítica y pontificados por algunas de las personalidades más augustas del campo intelectual, entre las que se destaca Leopoldo Lugones. En el transcurso de este decenio, su obra será varias veces premiada y condecorada con los galardones de la cultura. Un hito en el reconocimiento del novel escritor fue la obtención, en 1932, del primer Premio Nacional de las Letras, que lo terminaría de colocar en el centro de la escena cultural de aquellos años. Pero los años ‘20s también serán pródigos en compañeros de ruta, contactos intelectuales y reconocimientos de su genio. A lo largo de este tiempo se irá conformando una cofradía intelectual, una “hermandad” espiritual, al decir de Horacio Tarcus, al amparo de Leopoldo Lugones –como “patriarca” de las letras nacionales-, del cuentista Horacio Quiroga y de los tres miembros menores del grupo, Samuel Glusberg, Luis Franco y Ezequiel Martínez Estrada. Unidos por admiraciones cruzadas, universos de lecturas comunes, sensibilidades encontradas en torno a un modernismo tardío y a cierto espíritu libertario, este grupo se convertirá en un pequeño mojón del intrincado mapa cultural de la Argentina. En más de una ocasión, Leopoldo Lugones, desde su sitio de escritor consagrado y desde las páginas del diario *“La Nación”*, no ahorrará espaldarazos para colocar a sus cofrades menores en el centro de la discusión cultural y política de esos años (Tarcus, 2009 y Viñas, 2006).

Pero la comunidad de espíritu entre estos hombres de talentos tan diferentes y heterogéneos no será eterna. Para 1930, sacudida por el contexto local e internacional, por las disímiles búsquedas políticas y estéticas de sus integrantes, la hermandad se irá desintegrando; a partir de allí, sus miembros se entregarán a distintas diásporas que los irán arrojando, arrastrando, hacia variadas geografías y campamentos políticos. Si hay un momento de quiebre, si hay un momento bisagra que marca la primera mitad del siglo XX en la Argentina, lo constituye el golpe de Estado de 1930, lo que Viñas llamará la “fisura uriburista”. La violenta entrada en escena del Ejército, como actor político central de la Argentina del siglo XX, se configurará, entre otras cosas, a partir de este acontecimiento. El

sacudón que provoca el quiebre democrático, con el consiguiente truncamiento de la experiencia yrigoyenista –que no es ni más ni menos que el aborto de una experiencia plebeya en la arena institucional-, la crisis del liberalismo, cuyas expresiones más crudas son la consolidación del nazismo y el fascismo, pero que a escala local tendrá su propia onda expansiva, sus reverberaciones, con el consiguiente crecimiento de diferentes expresiones del nacionalismo -que recurren a un tono cada vez más marcial y belicoso-, obliga y estimula a un profundo reacomodamiento del campo intelectual argentino. Es ahí donde va tomando cuerpo, donde se inscribe la búsqueda y la apuesta por el ensayo, no sólo por parte de Ezequiel Martínez Estrada, sino por una franja más amplia de intelectuales que intentan desesperadamente explicar las causas de la crisis Argentina, de los tambaleos del mundo. En esta década se dará una intensa politización del campo intelectual, donde el ensayo se convierte en un arma privilegiada a la hora de descifrar y comprender los derroteros de la nación, e intervenir en la arena política. Martínez Estrada se abocará a intentar auscultar los problemas de la Argentina, la gangrena moral que, en la retina de este aguafiestas, la lastra y la carcome. De ese esfuerzo emergerán dos de sus obras capitales, donde logrará plasmar sus magnas obsesiones, como lo fueron “*Radiografía de la pampa*” (1933) y “*La cabeza de Goliat. Microscopía de Buenos Aires*” (1947), que sin lugar a dudas constituyen dos mojones incuestionables del ensayo en la Argentina del siglo XX. Su entrada al ruedo interpretativo, su vocación por radiografiar los “cánceres” de la república, lo irán volviendo un personaje más aislado, un francotirador sin morada, haciendo que su recorrido se torne más solitario, más tortuoso. La década del '30 marca el paso del escritor laureado al ensayista exiliado en su propia patria.

## II

La concreción de su *Martí* lejos está de ser un encandilamiento de adulto, un berretín de la vejez. La mayoría de los libros que dedicó a algún personaje, a algunos de sus grandes maestros, fueran estos reales (Lugones, Quiroga) o fantasmáticos (Sarmiento, Hudson, Thoreau), son el resultado de una profunda admiración, de una gratitud eterna para con su genio. En este sentido, Martí no es la excepción. La voz y el ejemplo del cubano nadan en su conciencia desde los inicios mismos de su formación. Le vienen a través del modernismo, como sensibilidad estética-cultural de América, para el cual Martí es faro y

referencia insoslayable; le llega como el hálito tibio de la influencia lugoniana. En el tránsito de creación, entre su “radiografía de la Pampa” y su “microscopía de Buenos Aires”, el ensayista santafesino publicará, en 1946, *“Panorama de las literaturas”*, donde estampará esta decidida sentencia sobre Martí: *“hoy no tenemos, en el desconcierto y el escándalo mental y moral de Iberoamérica, otro faro que mejor nos guíe”*<sup>2</sup>.

Escrutar los misterios y los meandros de una obra como el *Martí* de Ezequiel Martínez Estrada supone, necesariamente, liar y pensar su relación con la revolución cubana. Este libro fue edificándose, levantándose, en la fragua de una revolución que se inventaba a sí misma y que incesantemente llamaba a todo el continente a reinventarse a su paso. Aunque parezca una obviedad, una repetición sin sentido, la revolución cubana trastocó la historia del continente<sup>3</sup>, y los hombres y mujeres de ese tiempo no pudieron permanecer al margen de la marejada caribeña. Como insiste Sylvia Saitta, la gesta de los barbudos territorializó, le dio una entidad física, asible, al sueño de un porvenir socialista en América (Saitta, 2007). La isla cubana, en lo exiguo de su cuerpo, en lo ínfimo de su territorio, parecía contener la esperanza de América. Cuba se convierte en una geografía encantada, tierra revolucionaria, capaz de cautivar hasta las razones más duras, las inteligencias más gélidas. Además, la revolución, a partir de esta gesta americana, ya no habla solo ruso o chino, habla castellano, lenguaje accesible a la mayoría del continente.

La etapa cubana de este pensador es quizá una de las más intrincadas, de las más complejas de su vida. Vivida por él como una intensa transformación, una profunda “transfiguración”, una mudanza de piel, que se plasma en nuevos posicionamientos políticos y, como marca Ferrer, en el desplazamiento del “escritor argentino” hacia el tercermundismo y el anticolonialismo. Desplazamiento que no será realizado solamente por Martínez Estrada, sino que la proyección a lo latinoamericano y la pregunta por qué es lo propio de este subcontinente atravesará las reflexiones de todo un conjunto de intelectuales durante esta década (Gilman: 2012). Pero la reinención temática se vincula íntimamente, consanguíneamente, con una nueva concepción de la tarea, de la labor del intelectual en el lupanar del mundo. El escritor ya no solo puede trazar el mapa de las “enfermedades”

---

<sup>2</sup> Martínez Estrada, Ezequiel *Panorama de las literaturas*, citado en (Fernández Retamar, 1996).

<sup>3</sup> En el caso de la Argentina, tuvo un enorme impacto político, que se materializó no solo en el mundo organizativo de las izquierdas, sino que también provocó fracturas en el campo intelectual. Para profundizar sobre esto, véase el libro de Oscar Terán. (Terán, 2013).

morales de un pueblo, de un país, de un continente, sino que imbuido por el espíritu de Esculapio tiene que abocarse, con todas sus fuerzas y energías, a la tarea de “sanación”. Ahora, en Ezequiel Martínez Estrada el escritor no solamente guerrea en el ámbito de la cultura (cosa que supo hacer toda su vida), sino que también pelea a brazo partido en los menesteres más mundanos que reclama la política. La estadía en Cuba y la transformación de Martínez Estrada dejaron perplejos a propios y ajenos. Lo desancló, en muchos casos, de sus precarios asentamientos en el campo intelectual de la Argentina. Por ejemplo, con la intelectualidad liberal agrupada en “*Sur*”, su defensa a la revolución cubana le valió la excomunión de ciertos ámbitos, como la pelea agria con varios de sus integrantes<sup>4</sup>. A la vez, su opción lo acercó a otro universo de intelectuales que se sintieron convocados por el llamado de Cuba, y que por temáticas, trayectorias políticas, ámbitos de sociabilidad y brecha generacional hubiera sido difícil pensar que pudieran haber rondado la galaxia de este huraño pensador argentino. Quizá, la instantánea que simboliza ese momento, esa mudanza, haya quedado capturada en la fotografía donde se aprecia a un sereno Martínez Estrada pispeando las cuartillas que le convida un joven Jorge Masetti. De hecho, para los seguidores de su obra, para sus admiradores, la “regeneración cubana” aparece como un momento difícil de abordar. Para algunos, denota el corrimiento firme del ensayista hacia el cuadrante izquierdo; para otros, su inteligencia parece ceder, empañarse ante las exigencias de la política. ¿Genio bobo? ¿Inteligencia que la política vuelve fofa?<sup>5</sup> O, ¿lucidez refilada por el compromiso? ¿Pensador nómada que por fin encuentra una tierra firme?

---

<sup>4</sup> Ezequiel Martínez Estrada mantuvieron una relación epistolar durante décadas. Ambos fueron convencidos admiradores y defensores de la obra del otro. En 1955 habían tenido uno de sus primeros cruces políticos. Martínez Estrada había cifrado esperanzas en el golpe que derrocó al peronismo, pero a poco de andar, esas ilusiones se esfumaron y escribió una carta de condena, que Victoria Ocampo y el comité editor de *Sur* se negaron a publicar. En la década del '60, con el triunfo de la revolución, los intercambios entre ambos se tensaron. Así, le comentaba el ensayista a la mítica directora de *Sur* sus sensaciones sobre la Cuba revolucionaria: “*Ahora estoy en Cuba, donde todo un pueblo mira con la cabeza levantada a los gerentes y administradores de la miseria del Caribe. Por ese pueblo trabajaré, que ha sido castigado, expoliado y humillado*”. Carta de Ezequiel Martínez Estrada a Victoria Ocampo, La Habana, 10 de octubre de 1960 (Martínez Estrada y Ocampo, 2013).

<sup>5</sup> Claramente, este tipo de lectura es la que se desprende del trabajo de Christian Ferrer “La amargura metódica. Vida y obra de Ezequiel Martínez Estrada”. Ferrer no le perdona que adhiera a la revolución, que repose en la esperanza antes que en la amargura. No le perdona que se conmueva y se emocione con el porvenir socialista.

Rápidamente las luces de la revolución convocarán al laureado poeta<sup>6</sup>. Desembarcará en la isla en febrero de 1960, en pleno estrépito revolucionario, a recibir el Primer Premio de Casa de las Américas, por su libro inédito “*Análisis funcional de la cultura*”. Deslumbrado por los fulgores, por la gesta cubana, convertirá aquel breve viaje en una estadía que se prolongará por dos años y en la cual, a fuerza de trabajo y voluntad, irá construyendo una sólida presencia en el campo cultural cubano, que tendrá como principal trinchera o teatro de operaciones su labor en Casa de las Américas, como director de su Centro de Estudios Latinoamericanos -espacio que aprovechará para irradiar a la cultura cubana con la vida y obra de personajes como Sarmiento y Simone Weil- a la vez que como miembro del Consejo de Redacción de la Revista. ¿Es lícito pensar a un Martínez Estrada que, por primera vez, se halla en una posición central dentro de la “república de las letras”, paradójicamente en tierra “ajena”? Si Casa de las Américas fue el centro de operaciones de su producción intelectual en Cuba, ¿con qué tipo de institución lidió?, ¿qué aires y debates atravesaban a esa usina de la cultura cubana? Podemos decir que se insertó en un momento “primaveral” de esta institución, donde Cuba se refundaba política y culturalmente. Política y cultura parecían marchar unidas por un cordón umbilical que retroalimentaba la radicalidad de ambos campos. La década de 1960 marca el esplendor de Casa de las Américas, su momento de tanteo y de experimentación, su mayor amplitud política, ideológica y estética. Casa de las Américas, que había sido creada como una forma de tender redes de intelectuales que apoyasen y se comprometiesen con la defensa de la revolución, como forma de romper el creciente aislamiento que empezaba a acechar sus posibilidades de desarrollo, a la vez enfrentó el desafío de resistirse a convertirse en la voz oficial, en triste apéndice del aparato político, en grosero “comisario” del campo de la cultura. Esa resistencia, esa voluntad de huir de esas trampas se debió y a la vez se manifestó en tratar de evitar el derrotero que había seguido la revolución soviética en relación a los intelectuales. De ahí su combate, también, con las toscas formas del realismo socialista; de ahí su vocación por entrecruzar diversos universos políticos y culturales, de

---

<sup>6</sup> Es interesante ver el entusiasmo que le despierta la revolución cubana, a través de su intercambio epistolar con su amigo Samuel Glusberg. Para esto, véanse las cartas XXXII, XXVII, de Ezequiel Martínez Estrada a Samuel Glusberg, citadas en Tarcus, Horacio, op. cit. También en otro antiguo miembro de la “hermandad”, como Luis Franco, la revolución cubana generó una profunda admiración, que se materializó en la defensa política que el catamarqueño hizo de ésta y en la escritura de su ensayo “Espartaco en Cuba”.

manera de no sacrificar la imaginación, de no caer en la apología del cemento (Gilman, 2013).

La cocina de su *Martí*, la preparación de este trabajo, está indisociada de este momento de búsqueda y de apertura de Casa de las Américas. Sin embargo, el paso de este ensayista autodidacta, de este pensador de humor corrosivo, no estará exento de vaivenes y tensiones en relación a las exigencias de la política cultural cubana. A poco de andar, Martínez Estrada chocará con visiones reduccionistas de la cultura, más de una vez recibirá algún desplante de algunos marxistas o funcionarios que no brillan particularmente por la luz de su imaginación, sino por el celo de su obediencia<sup>7</sup>. Dicho con sus propias palabras: “*Parecer que el PC me enjabonó la vereda, pues no le resulto consanguíneo, y éste es pecado mortal*” (Tarcus, 2009: 136). De alguna manera, si uno compara esta obra de Martínez Estrada con otras del mismo autor, quizá se pueda pensar que estas incomodidades, estas pequeñas trabas se descubren en el corazón mismo de este trabajo. La rigidez del texto, la apelación a las citas como criterio de demostración, el tono más sobrio, más recatado que sobrevuela a lo largo y ancho del escrito, en detrimento de ese lenguaje desmesurado, cargado de metáforas e hipérboles, que había caracterizado toda su producción ensayística. Por momentos, al encontrarnos con este texto, nos invade una sensación de extrañeza, de rareza, al no toparnos con esa verba florida, con esa audacia interpretativa que fue columna vertebral de su ethos de escritor. Martínez Estrada cede a estampar su firma, más bien realiza un abrumador pastiche de citas, en donde cuesta encontrar el genio agudo, profundo, del hombre que pensó con la obsesión de un poseído los problemas que aquejaban a su querida *Trapalanda*.

### III

---

<sup>7</sup> Es notorio cómo Martínez Estrada metaboliza y vive esas incomodidades, en el momento de mayor búsqueda e invención por parte de la nueva cultura cubana. Nunca llegó a vivir ni pudo paladear el período que se abre entre 1971 y 1975, conocido como el “quinquenio gris”, momento caracterizado por lo regular, por lo monocromático, por lo normativo como ejes de la producción cultural. Espacio temporal donde a la literatura, y al arte en general, se le empezó a pensar con un sentido “pedagógico”. A partir de 1971 –aunque para algunos, ya desde 1968 el campo cultural cubano se venía endureciendo– el Estado y la dirección partidaria asumirán un rol más protagónico y normativizador de la cultura, interviniendo abiertamente, marginando artistas y reprimiendo disidencias. Para ver algunos análisis y vivencias personales en torno a este período, resultan interesantes los textos de Ambrosio Fornet y Eduardo Heras León, presentados en el Instituto Superior de Arte y en Casa de las Américas, como parte del ciclo “La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión” (Fornet, 2007 y Heras León, 2007) el artículo de Laura Maccioni (Maccioni, 2018)

Con anterioridad remarcamos que el encuentro de Ezequiel Martínez Estrada con la obra y la personalidad de Martí no se produce a partir de la irrupción de la revolución cubana, sino que viene de larga data y se vincula con sus lecturas de juventud, con su buceo en el modernismo, a partir de los cuales irá compartiendo y construyendo una misma sensibilidad y una particular imagen del intelectual, atravesadas por un fuerte componente ético y moral. La revolución cubana, lo que hace más bien, en la mirada de Estrada, es reactualizar a ese Martí, removerlo, arrancarlo del museo de las letras para reponerlo en su rol más descarnadamente político, como orador fogoso, agitador persistente, organizador desvelado<sup>8</sup>. Bruscamente, el ensayista santafesino intenta captar, realzar la filiación martiana de la revolución. Las proclamas y los gestos que el M-26 lanza desde el fondo de las montañas, son leídos como la voz del apóstol cubano redimida; Fidel aparece, así, como el ventrílocuo del mártir cubano, su heraldo en el siglo XX. Son él y sus barbudos quienes reactualizan el *ethos* de la conducta martiana y la insertan en el centro de la política cubana. Fidel parece ser portador de la voz de un mensaje de justicia que trasciende todo tiempo histórico. Es el nuncio, el apóstol de una dignidad que ha sido mancillada a lo largo de las distintas etapas de la historia de Cuba. Fidel es el vicario de la voz martiana en el siglo XX. El triunfo del M-26 no es leído como una excepción, un desvarío en la historia cubana, sino que, en la mirada del santafesino, hay una fibra íntima que hila las distintas rebeliones (desde la resistencia de los esclavos, los levantamientos del siglo XIX, las luchas anti-dictatoriales contra Machado, hasta la victoria de los barbudos), que compone un plexo revolucionario que se va tejiendo a lo largo de un siglo<sup>9</sup>. “*La revolución cubana –dirá Martínez Estrada- es un epítome de la historia de Cuba*” (Martínez Estrada, 1965: 38). La tarea del M-26 es, entre otras cosas, la de terminar de desmalezar, de purificar lo que quedó trunco con la muerte, con el sacrificio de Martí. Dictaminará Martínez Estrada, con aire severo, desprovisto de dudas:

---

<sup>8</sup> En palabras de Martínez Estrada: “Y dentro de la historia cubana, la biografía o la historia cívica de José Martí, convertido en poeta modernista, en crítico de pintura, en cronista de periódico y reducido a la estatura promedial de los pobres representantes de la cultura literaria de América. Para extraer de esos monumentos funerarios de yeso policromados al hombre vivo y valiente, promotor de la revolución emancipadora real de la América Latina, y fuente perenne del espíritu revolucionario, limpio y popular, he venido a trabajar a Cuba”. (Martínez Estrada, 1965: 118-119).

<sup>9</sup> “*Desde el primero de esos movimientos de masas, el de Aponte en 1812, hasta el movimiento del 26 de Julio, la revolución cubana es un proceso continuo, interior y orgánico, que hace crisis en distintos momentos históricos y con diferentes programas reivindicatorios*”. (Martínez Estrada, 1965: 42).

*Además de mi mucha tarea necesitaría una resma de papel para darle idea de la inmensa y grandiosa obra que se está realizando. Un pueblo entero trabajando como entre hermanos para el bien de todos. Fidel Castro sostiene sobre sus hombros la revolución y es infatigable e inflexible. ¿Lee usted sus discursos? No son discursos; es otra vez la voz de los profetas y los jueces (Tarcus, 2009: 136).*

El ensayista iracundo se detendrá en la fotografía que contornea a un Fidel imberbe después del frustrado intento de asalto al Moncada; un Fidel custodiado por la mirada de Martí, nimbado por la sombra del poeta revolucionario. Un Fidel joven que parece presentarse como el vástago legítimo de la misión del apóstol. Rápidamente, Martínez Estrada, trazará un puente imaginario entre estos dos líderes.

*Esta escena es, lo presentimos, el preámbulo del juicio en que pronunciará su alegato 'La historia me absolverá', que es la Apología de Sócrates, el Iconoclasta de Milton y la Autodefensa de Gandhi a un tiempo. Es el momento en que Fidel Castro inviste una representación, un mandato, en que 'cuelga de un árbol marchito su muceta de doctor' para vestir la toga del tribuno de la plebe, de defensor de la justicia. Penetrando en la expresión de las imágenes se percibe que es el momento de la metamorfosis de quien ha muerto en el combate del Cuartel Moncada y renace, como el fénix, en el combate por la libertad de Cuba, de América oprimida y de los pueblos humillados y expoliados. Ahora es el abanderado de la libertad, y está ahí, al lado de Martí, porque tiene que cumplir la consigna que una muerte valerosa truncó en su anterior campaña (Martínez Estrada, 1965: 27).*

¿Qué queda de un aguafiestas cuando es encandilado por la luz de un santo? Queda un hombre ilusionado. Lo que se descubre, en estas páginas, es un apóstol, un santo laico, un redentor, el hijo de la justicia sacrificado en tierra de pecadores. Un mártir. Nos hallamos frente a un cruzado que, con su palabra y su gesto, nos vino a convidar si quiera con la ilusión del reino de los cielos. Un espeso aire religioso atraviesa e incienso todas las páginas del Martí; parece que Estrada, al escribirlo estuviera glosando el Antiguo y Nuevo Testamento. Así, la guerra de independencia de Cuba parece más guerra santa que gesta libertadora<sup>10</sup> y las diferentes estaciones de la vida de Martí se señalan con palabras de aires hieráticos: noviciado, peregrinaje, confirmación y destino. Claramente, derrotero de santo.

---

<sup>10</sup> De hecho, uno de los capítulos lleva el título de "La cruzada de su guerra santa".

Interesante reparar, entonces, en la filiación que hará el escritor argentino entre Moisés y Martí; la semejanza entre estos dos personajes no solo contiene la apelación nuevamente a lo religioso, sino que también los emparenta en tanto caudillos, capaces de movilizar a su grey y fundar en el presente la posibilidad de un orden nuevo:

*La situación de Martí en el éxodo es la de Moisés en Egipto con su pueblo que espera con ansia retornar a la tierra prometida. Para los compatriotas desterrados es el salvador más que el líder y en él ponen sus esperanzas particularmente los más humildes de ellos, sobre los que pesa con más gravedad la injusticia del destino* (Martínez Estrada, 196: 109)<sup>11</sup>.

La otra figura sobre la cual se va construyendo la imagen de Martí, y que anida ya desde el título mismo del libro, es la del héroe. ¿Sobre qué vigas se va componiendo el rompecabezas del héroe martiano? Las piezas se encastran para ir conformando un héroe en el estilo más clásico del término, héroe de épocas clásicas si los hay. El héroe como aquel ser humano capaz de elevarse por encima de sus congéneres, que, a mitad de camino entre los dioses y los mortales, recibe un soplo de gracia desde el Olimpo; aquel que, dotado de una capacidad sobrehumana, es capaz de sortear y reponerse frente a los obstáculos que se le presentan en el camino y que parecen amenazar el desarrollo imperturbable de su destino<sup>12</sup>; aquel que, empapado del don de la clarividencia, tiene la capacidad de ver más allá, de officiar como guía, lazarillo de los injuriados. Pero, sobre todo, el pilar que sostiene la imagen incólume del héroe es la de su moral intachable, portador de un código ético-moral de conducta, que lucha contra la corrupción del presente y habilita un *ethos* diferente para el porvenir<sup>13</sup>. Si algo atiza la imaginación de Estrada y lo empuja sobre la figura del revolucionario cubano, es lo que él no duda en resaltar como la coherencia entre vida y obra, la conjunción entre carne y verbo.

Si la moral es la argamasa que unifica la figura y fragua el relato, es porque –como señala Christian Ferrer– el mundo de ideas de Ezequiel Martínez Estrada “*nunca abandona el*

<sup>11</sup> En otros escritos que componen el libro “Mi experiencia cubana”, sobrevuela también la comparación entre las figuras de Martí y de Cristo. El Che, además, es parangonado, en un tramo de “Che Guevara, capitán del pueblo”, con la figura bíblica de Jonás. (Martínez Estrada; 1965).

<sup>12</sup> “*Como en la vida de todos los héroes, las dificultades inesperadas, concurrentes a reforzar las dificultades propias de sus sergas, las de Martí presentan ingentes magnitudes. Asombra pensar que haya podido vencerlas hasta la suprema, que troncha su vida, y que es el verdadero triunfo de su ideal*”. (Martínez Estrada: 1966, 221).

<sup>13</sup> Notorio, en este sentido, es cómo en la tercera sección del libro se entrega a explicar, con detallismo obsesivo, cómo Martí manejaba y dispensaba los fondos del Partido.

*estadio de los valores*” (Ferrer, 2013: 105). La historia para él no era un devenir de acontecimientos y posibilidades, proyectos políticos y sociales que delineaban los rasgos de un futuro promisorio; la historia era, ante todo, un hecho moral. La escenificación de actos injustos, una partida entre justos y pecadores, donde los últimos siempre han contado con todas las de ganar. La revolución misma es pensada como la expresión inapelable “*de los poderes insospechables de las fuerzas morales*” (Martínez Estrada, 1965: 17). De ahí que, en todo el libro, la figura de Martí es, fundamentalmente, aquilatada en términos morales. Por momentos, ese nombre aparece desmalezado de contexto, arrancado de las fuerzas sociales que graficaron con violencia el mapa de su tiempo. Pensar la historia como hecho moral, ¿lo lleva a perder de vista lo colectivo? A lo largo del relato, pareciera que la gesta cubana hubiera sido obra únicamente de Martí, del aplomo de sus virtudes, del acierto de sus decisiones, de su abnegado sacrificio. Llamativo es cómo lo individual, la estatura del héroe, empequeñece, o directamente borra, cualquier presencia de lo social. En síntesis, el Partido Revolucionario es Martí y la revolución es la obra magna de su genio. Tal es el peso de esa figura que, en la visión de Martínez Estrada, muerto Martí, la revolución se torna mera empresa militar, connato armado antes que cruzada civil y regeneradora de la nación (Martínez Estrada: 1966, 135, 138, 147, 221, 222, 223, 259). Bajo esta concepción, entonces, ¿los únicos dos polos entre los que se bate la historia son el héroe y el villano, el santo y el pecador?

Pero el timbre, la cadencia religiosa, que inunda y marca el pulso del rescate de Martí no invalida ni aborta el aura política del dirigente cubano. Rápidamente, Estrada se apresta a vincular al cubano a una tradición de rebeldes, a una genealogía de revolucionarios donde se descubren los nombres de Marx, Lasalle, Proudhon y Engels (Martínez Estrada, 1966: 11). Si algo se destaca en la fundación de esta prosapia de luchadores, es una clara operación política por parte de Martínez Estrada. ¿En qué consiste dicha operación? Como primer aspecto, si comparten algo estos variados nombres y estas trayectorias disímiles, es que no son solamente rebeldes, no impugnan al sistema en un sentido reactivo, sino que lo hacen en un rol activo de constructores, de prefiguradores de una posibilidad nueva. Son fautores de algo apenas tangible, pero capaz de movilizar, de fundar lo común. Otro aspecto interesante en el juego que propone es la inclusión de uno de los padres del anarquismo dentro del canon. Martínez Estrada no solo no traiciona sus aires libertarios, sino que

además lanza una advertencia a la revolución cubana y al marxismo para no olvidar esa sensibilidad libertaria, esa impugnación de jerarquías petrificadas, esa valoración del individuo, para no recostarse en los huecos, en los agujeros, donde han caído otros procesos revolucionarios. Por último, otro ademán que resulta sumamente interesante, es el intento desesperado de reponer a Martí como figura esencialmente revolucionaria. Aquí Estrada libra un combate a dos flancos. Por un lado, con los celosos guardianes de la tradición martiana, aquellos que guardan un bello rostro de cera en el museo liberal y con aquellos otros que han hecho del nombre de Martí la pesada lápida de mármol que sepulta las discusiones y las injusticias del presente. Por otro lado, con los marxistas de vieja data, que no ven en Martí más que las flaquezas políticas de un liberal. Dirá don Ezequiel:

*Unos, los del José Martí de la Academia de Historia y de Letras; otros, los ‘nuevos’ que no saben qué hacer con él, pues sospechan que es un liberal al que no pueden meter en ningún casillero. Hoy, de lejos y con nuevos datos, puedo decirle que el Martí revolucionario que yo me puse a extraer de los bazares y de las papelerías, a nadie interesa. Ni ha interesado. Ni interesará. Ahora están fabricándose una cultura de martillo y tenaza, porque consideran que es marxista-leninista tirar alquitrán a las bibliotecas de noche (Tarcus, 2009: 139).*

Si la tradición liberal no puede hacer de Martí más que un rostro de piedra, tranquilizador de conciencia, contenedor de voluntades nuevas; cierta tradición marxista se muestra incapaz de comprender la dimensión mítica de la figura de Martí y de la gesta cubana, de aprehender esa fuerza incontenible que irradia desde el pasado y golpea con vehemencia sobre la geografía del presente. Para Martínez Estrada no hay otra forma de comprender a Martí si no es en su carácter de mito, en tanto “*existencia paradigmática que condensa y depura las virtudes inherentes a la condición humana*” (Martínez Estrada, 1966: 1).

En el dibujo, en la traza, de esa prosapia no solamente se juega el sentido de realzar a Martí como un revolucionario, sino que también Martínez Estrada pone a jugar una distinción que le es propia, con la que se siente a gusto, cómodo: la diferenciación entre el político y el revolucionario, entre la política y la revolución. En la primera, no dejará de ver algo pestífero, cierta escuela de corrupción. La política a secas aparece, ante su mirada lacerante, como un canto de sirena donde desfallecen los mejores y más probados espíritus. Para Estrada, la política, más que posibilidad de redención, es declarada ergástula. En oposición,

la revolución es el acto ético por excelencia. Aquella que no admite especulaciones, los oportunismos ramplones, la traición siempre acechante. La revolución es el acto de dignidad y de conciencia por antonomasia, *“ante todo, la revolución, tiene que estar alentada por un ideal moral y no por fines políticos o ambiciosos. Martí enseña que la guerra de liberación es un deber de conciencia. Es la revolución de la virtud y la pobreza (...)”* (Martínez Estrada, 1966: 183).

Desde el mismo comienzo de este libro se insinúa una clave de lectura que gira en torno a la consonancia entre el artista y el político. Clave interesante, relación siempre problemática la del intelectual y los menesteres de la política. Estrada realza ese vínculo entre la literatura del cubano y su labor revolucionaria. De alguna manera, llega a esbozar que su apuesta literaria contiene las simientes de esos ideales políticos que irá desplegando, en distintos terrenos, a lo largo de su vida. Martínez Estrada traza un cuadro donde la obra literaria y la vida de Martí son, esencialmente, las de un revolucionario. La apuesta literaria de Martí, sus innovaciones estilísticas, son leídas en un sentido unívoco, teniendo como criterio la forma en que esta apuesta contribuye a lograr ese fin último que es la liberación de Cuba y América del dominio español. Si su labor política es el deseo desesperado de romper el vínculo colonial; sus giros estilísticos, su literatura, son la insurrección urgente destinada a acorralar a la tradición hispánica en el mundo de las letras. Sin embargo, esa consonancia que retumba desde los inicios de su trabajo, a poco de andar, se va desdibujando, difuminando, ante el peso que comienza a cobrar el organizador de la independencia, el revolucionario a secas. ¿Dónde estriban las razones de esta pérdida? Quizá fue el contexto el que hizo de cola del diablo y nos privó de un Ezequiel Martínez Estrada lidiando con esa díada difícil, haciendo malabares con las tensiones, las dificultades, y hasta las paradojas, que comporta esa relación ambigua. Este trabajo fue parido en la década de 1960, década signada por las posibilidades políticas abiertas por la revolución cubana, esta revolución que redefinió la relación entre política e intelectuales, entre Estado e intelectuales; década marcada, atravesada, por la politización y la radicalización de los diferentes aspectos de la vida. Durante este decenio se trató de acotar la brecha entre esas dos figuras, que por momentos fueron concebidas como escindidas. Se trató de plantear nuevas cópulas entre estas dos figuras problemáticas. Más allá de la idea de que el intelectual pueda versar sobre política, lo que repone la revolución cubana es la

posibilidad de que éste sea capaz de ponerse al servicio de la revolución; es eso lo que representa Martí<sup>14</sup>. El contexto le reclamó, y don Ezequiel no se negó a escuchar, al político más que al artista. Una isla amenazada exigía con premura levantar un tipo de intelectual capaz de correrse de los lugares más cómodos, de los aposentos de su conocimiento, para enfrentarse a nuevos desafíos. Ese desplazamiento del intelectual hacia zonas de peligro es graficado de manera paradigmática tanto por la figura de Martí como de Sarmiento. Y Ezequiel Martínez Estrada, en consonancia con sus admirados Martí y Sarmiento, también haría de la incomodidad una zona de apuesta. Fue un hombre que escapó de la poltrona que le ofrecían los lugares comunes, de los miasmas emanados por saberes consagrados. La incomodidad es, en su itinerario, lo que estimula su sed de conocimiento, lo que aviva la búsqueda de nuevos desafíos y preguntas abrumadoras, que quizá nunca hallen respuesta. Siempre prefirió la incomodidad punzante antes que vivir de los laureles obtenidos antaño. Ezequiel Martínez Estrada murió incómodo, murió mudando de piel.

#### IV

*“Aquí estaba su patria porque aquí estaba su deber. Nuestra patria está donde es necesario que estemos, nuestros hermanos están donde los encontramos esperándonos. Cuba es el lugar de los desterrados, la casa solariega de los huérfanos”.*  
(Martínez Estrada: 1965, 107)

No porque sea un libro raro, singular en el conjunto de la producción de Martínez Estrada, su *Martí* merece ser un libro ninguneado, apenas oído, o desterrado del inmenso corpus de su obra. Aún en ese toque disonante, en esa rareza, se plasma una seña, una mancha de nacimiento que acompañará a Martínez Estrada durante su cansador periplo vital e

---

<sup>14</sup> Esta referencia a Martí como inspiración y modelo de intelectual se encontrará muy presente en el texto “Por una alta cultura popular y socialista cubana”, donde además se mete de lleno en el debate en torno a la relación entre intelectual y revolución (Martínez Estrada, 1965).

intelectual: la búsqueda permanente. La vocación por caminar siempre hacia zonas de riesgo, a territorios precarios, en donde exponer sus pequeñas certezas, sus intuiciones desgarradoras, sus pensamientos sonámbulos, a los tambaleos de la realidad. Es ahí mismo donde brilla la búsqueda permanente como forma de concebir la tarea intelectual, la reinención como antídoto supremo ante el riesgo de la petrificación. La particularidad extrema que parece asilar, alojar, este trabajo es que el santo le gana la pulseada al aguafiestas, que la furia desacralizadora, que fue una bandera de su faena intelectual, se frena o se detiene ante el aura divina de Martí. ¿Por qué? Ezequiel Martínez Estrada fue un anunciador de lo funesto, de las posibilidades oscuras que tejía el porvenir. Pensador agorero, hombre de mentalidad crítica que por momentos podía rayar en el pesimismo. Así y todo, Martínez Estrada supo ilusionarse, quizás más por desesperación que por cándido optimismo. Supo mudar de piel para re-inventarse, porque más allá de sus presagios infaustos, de su “lírica social amarga”, Ezequiel Martínez Estrada era humano, humano, demasiado humano, y como tal, supo esperanzarse con el sueño de una humanidad plena y redimida. Y aquellas alegrías que la Argentina, su querida *Trapalanda* le negó, o más bien supo trocárselas en cicuta, Cuba, quizá, supo dárselas, al menos, a cuentagotas.

Son varias las cuestiones que hacen que ese río incontenible -que es la voluntad crítica del autor de *Radiografía de la pampa*- mengüe o, por lo menos, se amanse. En primer lugar, esa profunda admiración y respeto que siente por la obra y la figura del cubano se le viene, literalmente, encima; le cae con todo el peso de lo que parece perfecto, indiscutible, sacro. El tamaño de la figura de Martí, la enorme adoración que siente Estrada, hacen que su nervio crítico se endurezca, desfallezca ante lo magnánimo del personaje. En segundo lugar, si algo no se puede desconocer (y que hace a su rareza) es que se trata de un libro encargado, hecho al amparo de dos instituciones como el Consejo Nacional de la Cultura y Casa de las Américas. No era Martínez Estrada dando cuenta solo a su conciencia, sino a un universo de afinidades políticas y de amistades. Un libro que intentaba servir a la revolución; de ahí su pretendido tono pedagógico, la construcción de una figura en donde no pueda hallarse ningún tipo de fisuras. Porque, además, disparar demasiado certero sobre la figura de Martí, habría sido dar, por elevación, un tiro a la revolución. Llamativamente, si en las intenciones de este libro latía la vocación de arrancar a Martí de la galería de las estatuas, de recuperar la fuerza de su mito, por momentos termina alzando una figura que

parece inalcanzable, inaprehensible para los mundanos sueños de los hombres. Una figura que se aleja de las sencilleces de esta tierra, de los pormenores de esta vida, para anclarse, limpio e incólume, en el parnaso de los dioses.

Tras su muerte, Cuba le dedicará honores al escritor argentino que supo acudir a su llamado. No solo publicará parte de su obra, sino que lo honrará con homenajes en sus revistas más importantes<sup>15</sup> y bautizará con su nombre al premio de Casa de las Américas en la categoría de ensayo –terreno de combate, viga de lucha que Martínez Estrada ejerció con maestría extraordinaria. El día que Ezequiel Martínez Estrada murió, el día que esa inteligencia atormentada dejó de sonar, la bandera cubana flameó a media asta. Paradojalmente un Estado, un gobierno, le dedicaba una pequeña mueca de agradecimiento, justo a él, un aguafiestas.

---

<sup>15</sup> De hecho, el número 33 de la Revista Casa de las Américas, al cumplirse un año su fallecimiento, en noviembre de 1965, está dedicado íntegramente a la figura y el pensamiento de Martínez Estrada. Ilustrativo del influjo que tuvo Martínez Estrada en Casa de las Américas y en ese contexto cultural son los artículos: “Razón de homenaje”, de Roberto Fernández Retamar; “Bueno entre los buenos”, de Haydée Santamaría y “Al servicio de la revolución”, de Ambrosio Fonet.

## Bibliografía

Fernández Retamar, Roberto (1996) “Desde el Martí de Ezequiel Martínez Estrada”, en Revista de Literatura Hispanoamericana, N° 32, Venezuela.

Ferrer, Christian (2013) *Camafeos. Sobre algunas figuras excéntricas, desconcertantes o inadaptadas*, Ed. Godot, Buenos Aires, 2013.

----- (2014) *La amargura metódica. Vida y obra de Ezequiel Martínez Estrada*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires.

Fornet, Ambrosio (2007) *El quinquenio gris: revisitando el término*, conferencia dictada en Casa de las Américas, como parte del ciclo “La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión”, La Habana.

Forster, Ricardo (2011) *La muerte del héroe. Itinerarios críticos*, Ed. Ariel, Buenos Aires.

Gilman, Claudia (2012) Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires.

----- (2013) “Casa de las Américas (1960-1971): un esplendor en dos tiempos”, en Altamirano, Carlos (Dir.) *Historia de los intelectuales en América Latina*, Tomo II: *Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Ed. Katz, Madrid.

Heras León, Eduardo (2007) *El quinquenio gris: testimonio de una lealtad*, conferencia dictada en el Instituto Superior de Arte, como parte del ciclo “La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión”, La Habana.

Maccioni, Laura (2018) “De cuando el rojo se fue volviendo gris: revolución cubana, intelectuales y literatura”, en Revista Astrolabio. Nueva Época, N° 21, Córdoba.

Saitta, Sylvia (2007) *Hacia la revolución. Viajeros de izquierda*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Tarcus, Horacio (ed.) (2009) *Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Samuel Glusberg*, Ed. Emecé, Buenos Aires, 2009.

Terán, Oscar (2013) *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires.

Viñas, David (2006) “Luis Franco: de Lugones a la heterodoxia”, prólogo al libro de Luis Franco *El general Paz y los dos caudillajes*, Ed. Sarquís, Catamarca.

## Fuentes

Fornet, Ambrosio (1965) “Al servicio de la revolución”, Revista Casa de las Américas N° 33, La Habana, pp. 70-73.

Fernández Retamar, Roberto (1965) “Razón de homenaje”, Revista Casa de las Américas N° 33, La Habana, pp. 5-14.

Martínez Estrada, Ezequiel (1965) *Mi experiencia cubana*, Ed. El siglo ilustrado, Montevideo.

Martínez Estrada, Ezequiel (1966) *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*, Ed. Siglo XXI, México.

Martínez Estrada, Ezequiel; Ocampo, Victoria (2013) *Epistolario*, Ed. Interzona, Buenos Aires.

Santamaría, Haydeé (1965) “Bueno entre los buenos”, *Revista Casa de las Américas* N° 33, La Habana, pp. 16-17.